

Gabriel traía á Mahoma las revelaciones del Cielo, á él se las trata el grande ángel Sulnun, esto es, la ballena. Talha huyó á Siria; pero mas adelante se hizo de nuevo musulman, y murió como campeón de la fe en la batalla de Gadesia, bajo el califato de Omar.

El segundo fué Caab el-Eseved, es decir, el Negro, de la tribu de Aus en el Yemen, jefe de los Beni-Modlesc. Afirmaba que dos ángeles, llamados Schehilo y Scherik, le cubrían siempre con velos, de donde provino su sobrenombre Sul-Schiman, esto es, *el velado*, á imitación del cubierto y envuelto, como Mahoma se hizo llamar por Gabriel en el Coran. Mahoma dió á Yerwe, príncipe de la tribu de Murad, y á Ebu Muss el-Eschari, su capitán en el Yemen, el encargo de aniquilar al Negro á cualquier costa; sétima orden de asesinato. Era la recompensa del homicidio cometido por el Negro en la persona de Basan, lugarteniente de Mahoma, á quien había sorprendido y asesinado, casándose luego con su mujer. Los agentes de Mahoma la exasperaron contra Eswed, matador de su marido y de su padre. Merseban (tal era el nombre de la mujer de Basan) enseñó á dos Persas, parientes suyos, Firus Dilemita y Dardugie, el modo de evitar, mediante un camino subterráneo, la numerosa guardia de que se rodeaba el Negro. Este acostumbraba hablar bajo, cuando, como decia, la revelacion descendia hasta él. La guardia, al oír el estertor de Eswed, herido mortalmente por los dos asesinos, quiso entrar en la estancia, pero Merseban la detuvo, diciendo que la revelacion había descendido en aquel momento; seguidamente resonó en las almenas del palacio esta voz: « Atestigo que Mahoma es el Profeta de Dios y que el impostor ha muerto. »

Mas peligroso fué el tercer falso profeta Moseilema que, no desprovisto de talento político, osó publicar cotejos de algunos capítulos del Coran, como por ejemplo del CVIII, consistente en solo tres versos: « ¡Les hemos dado á Kewser! ¡Te hemos enviado alegría á tu casa; ruega á tu señor, y emigra! ¡El perverso sea para ti objeto de horror! » El poder de Moseilema, que amenazaba al islamismo, no fué destruido hasta despues de la muerte de Mahoma. Tambien la poetisa Sigiah pretendia que se la tuviese por profeta, al par que Moseilema. Ambos formaron el convenio de suministrarse sucesivamente las pruebas de su mision profética y convertirse, y en su certámen dijeron obscenos chistes rimados, hasta que Sigiah se rindió ingenuamente á la clara prueba de la mision profética de Moseilema.

Al espirar el décimo año de la Egira, Mahoma ejecutó por vez postrera los deberes de la peregrinacion con las siete vueltas al rededor de la Caaba. Esta última peregrinacion se llama *del complemento de la despedida*. Mahoma, sintiendo aproximarse su fin, declaró que esta peregrinacion era el complemento de su mision y del islamismo, con el versículo del último

capítulo revelado entónces: « Hoy he perfeccionado vuestra religion y os he colmado con la plenitud de mi gracia; me plugo daros el islamismo. » Este capítulo lleva el título *de la mesa ó del pacto*, porque en él se hace mencion de la mesa enviada del Cielo por Jesus, en la que dió de comer á cinco mil personas con cinco panes de cebada, y se discurre sobre el pacto de Dios con Moises y con Jesus. Desde el principio se prohíben la caza, el robo, la guerra en el territorio del santuario, y ademas comer carne de cerdo y de animales muertos naturalmente, ó ahogados, ó matados sin arreglarse al método prescrito; luego se determina el modo de purificarse con agua antes de la oracion, ó á falta de agua con arena; se prohíbe el vino y los dados; al ladron se impone como castigo la amputacion de la mano, y por toda efusion de sangre y mutilacion la pena del talion. No se confirma la supersticion de los Árabes respecto á los camellos, pero sí se santifica la víctima de la peregrinacion y el mes en que esta se lleva á cabo. Lo mas notable es la tolerancia en favor de los Judíos, de los Cristianos y de los Sabeos: « Los que creen, los Judíos, los Sabeos y los Cristianos que creen en Dios y en el día del juicio, y que hayan practicado la virtud, no tienen nada que temer y no serán perseguidos (1); » y el fin, no ménos curioso: « El Señor ha dicho: En ese día valdrá á los justos su justicia; jardines regados por rios serán su eterna morada. Dios estará contento con ellos, y ellos con Dios. Es una inmensa felicidad. Dios es el Señor del cielo y de la tierra, y de todo lo que en el uno y en la otra existe; Dios es omnipotente. » La mayor felicidad, pues, consiste en la mutua complacencia de Dios en los fieles y de los fieles en Dios. Así, pues, este capítulo es digno verdaderamente del honor de llenar la mision profética. Los versículos del Coran que Mahoma recitó en esta peregrinacion, han venido siendo hasta hoy las ordinarias oraciones de los peregrinos. Cada vez que, en las siete vueltas, pasaba por delante de la piedra negra de la Caaba, pronunciaba esta oracion: « ¡Oh Dios mio! ¡danos el bien en este mundo y en el otro, y presérvanos de las penas del fuego! »

Delante de la habitacion de Abrahan recitaba el versículo del Coran: « Haced un oratorio de la casa de Abrahan (cap. XI, v. 126). » Cuando salió por la puerta de la pureza frente á los montes de Safa y Merwe para dar siete vueltas con paso acelerado entre uno á otro, recitó este versículo: « Los montes Safa y Merwe son monumento de Dios; el que hace

(1) Vers. 78. Cuadra con este tolerante versículo el 46º del capítulo XXIX, que contiene la polémica, y en el que se trata con especial miramiento á los Judíos y los Cristianos: « No disputéis con los que poseen escritos revelados, sino de un modo cortés. Decid: Creemos en los libros que nos fueron enviados, como vosotros en los vuestros. Nuestro Dios y el vuestro es todo uno. Somos los que nos conformamos enteramente con su voluntad. (Muslmanes.) »

la peregrinacion de la Meca, ó visita la Caaba, no comete ningun pecado si da la vuelta de los dos montes (cap. II, v. 160). » En las cimas de ambos oró, mirando hácia la Caaba: « No hay mas Dios que Dios; es el único sin compañeros; suyo es el reino, suya la gloria; vivifica y mata; es el Dios viviente que no muere; es omnipotente. No hay mas Dios que él; es único; cumple sus promesas y socorre á sus siervos y extermina las tropas de sus enemigos. » Con motivo de esta última peregrinacion, completa la mision profética, y perfecciona la legislacion del islamismo. Mahoma cambió el calendario, quitando el año intercalado (cap. XX, v. 38), mediante el cual los Árabes hasta entónces ponian de acuerdo cada treinta y tres años sus nuevos años lunares con el antiguo año solar; y aboliendo la libertad de transferir la santidad de un mes á otro, segun se habia hecho hasta allí. El tiempo gira (decia Mahoma) como su forma fué cambiada el día en que Dios crió el cielo y la tierra. « Tan profundas como son estas palabras es tierna la oracion que pronunció Mahoma el primer día de su última enfermedad en el cementerio general de Medina: « ¡Salve, habitantes de los sepuleros! ¡Cuán tranquila es la mañana en que habéis despertado al lado de aquella en que despiertan los hombres! Si supieran como Dios os ha librado (de las tempestades del mundo) desaparecerían las turbulencias, cual la oscura noche ante el claro día: al primero sigue el último, y el último es peor que el primero. »

El día despues de la visita á los sepuleros, Mahoma, sintiéndose atacado de un fuerte dolor de cabeza, se acostó. Ayesa pronunció junto á él la fórmula que el Profeta acostumbraba preferir á la cabecera de los enfermos: « ¡Dios y Señor mio! haz que se disipe la enfermedad; sánale, pues que tú eres el que sana, y no hay mas cura que la tuya, que tu cura es superior á la enfermedad. » Sus mas íntimos compañeros y las cuatro columnas de la mision profética se reunieron en la estancia de Maimme, donde estaba el Profeta con la cabeza en el regazo de Ayesa. Pidió tinta y pluma para extender en su última voluntad el sumario de la religion; pero Omar observó que esta se encontraba ya en la palabra de Dios, en el Coran. Es claro que esta reflexion no fué sugerida por motivos egoístas, sino solo por la férrea constancia de Omar, y quizá por el natural temor de que la gloria del Profeta pudiera empañarse con lo que escribiera en el calor de la fiebre. Para calmar su ardor, Mahoma pidió que se le salpicare con agua, lo cual se hizo varias veces. Sostenido por Ali y por Abbas, se arrastró hácia la mezquita, donde habló así al pueblo: « ¡Oh musulmanes! He oído que os asustáis porque se acerca mi muerte. ¿Se ha exterminado jamas ninguno de los grandes profetas en medio de su pueblo? Voy á reunirme con Dios, y ántes os dejo esta otra exhortacion: Auxi-

liares y emigrados, respetaos mutuamente, y vivid en buena armonia. » En seguida leyó el capítulo del *Despues de medio día* (cap. XXVI, v. 22): « Despues de medio día el hombre está consagrado á la ruina, excepto los que creen y obran bien, y mutuamente se invitan á caminar por la senda de la verdad, y se exhortan á la paciencia. » Y prosiguió: « Auxiliares y emigrados, la marcha de las cosas depende de la predestinacion de Dios, y nada puede acelerar el término prefijado. El que quiere apresurar los decretos de Dios, se arruina; el que pretende sobrepujar á Dios, morirá en la demanda. » Renovó la exhortacion á la concordia entre los auxiliares y los confederados, y dió mas fuerza á la exhortacion con el versículo del Coran: « ¿No estábais prontos á arruinarnos y á romper vuestro parentesco? » Desde la mezquita volvió al lecho, y no se levantó mas. Encargó á Abubekr que presidiese la oracion. Al cabo de doce, ó segun otros, catorce días de enfermedad, á los doce de la luna rebinlewl, en lunes, al despuntar la aurora exhaló Mahoma el espíritu, contando sesenta y tres años de edad. En sus últimos anhélitos rechinó los dientes con gran fuerza.

Cuando hubo muerto, se levantó un grito de dolor; pero sus compañeros consolaron á la familia y á los creyentes con las palabras del Coran: *Todo viviente debe morir. Somos de Dios, y volvemos al seno de Dios*. Se lavó el cadáver, y se envolvió en dos paños blancos. Al siguiente día se hicieron las preces fúnebres, y el cuerpo se enterró donde estaba su lecho de enfermo. De este modo se ejecutó su voluntad, expresada claramente en la última enfermedad, á saber: que no se sepultase en la mezquita, segun la costumbre de los Cristianos y los Judíos, que erigen en las iglesias las tumbas de sus santos y profetas. Sobre su sepulcro se edificó despues la gran mezquita de Medina, que es un deber en los musulmanes visitar, como complemento de la peregrinacion á la Meca. Ayesa, la mas amada de sus mujeres, la hija de Fátima, las cuatro columnas de la mision profética (Abubekr, Omar, Osman y Ali) y el poeta Asan Ben Sabit, desahogaron su dolor en fúnebres lamentos, conservados por la historia. Citamos solamente los tres dísticos del poeta, en vista de su mérito: « ¿Por qué brillan tus ojos? Su ángulo interno está lleno de lágrimas derramadas por el guia que ha muerto, por el mejor de los hombres. ¡Ay de vosotros, auxiliares y compañeros suyos, desde que desapareció en el polvo del sepulcro! » La enumeracion de sus mujeres, concubinas y nodrizas, de sus sirvientes, libertos y esclavos, de sus vestidos y armas, de sus acémilas, de sus jueces, poetas, lugartenientes, amanuenses, heraldos de la oracion, embajadores, emires, portaestandartes y capitanes, llenan otros tantos capítulos de su biografía, en los que los amantes de las leyendas se complacen haciendo otras tantas paradas.

Más importantes que esta nomenclatura son sus palabras y sus costumbres, para el que desee juzgar al hombre, al legislador al profeta. La tradición ha recogido más de siete mil de las primeras; pero apenas la décima parte merecería creerse. Así no nos detendremos á extractarlas, contentándonos con las del Corán, que creemos palabras de Mahoma tan sinceramente como los musulmanes las creen de Dios. El mérito poético de los capítulos anteriores se ve por las muestras ya citadas; los posteriores contienen las conocidas leyes del islamismo, las imprecaciones contra los enemigos por mera personalidad, las reglas para el harem y para la conservación de su honor; pero hay además muchos preceptos de moral y devoción más puras.

Dios ama á los píos, á los benéficos, á los pacientes, á los puros, á los justos (cap. II, v. 196; cap. III, v. 134), á los que en el comercio observan los pesos y las medidas, y á los que confían en él (cap. III, v. 160; cap. XLIX, ver. 9). No ama á los injustos, á los disipadores, á los exageradores, á los presuntuosos, á los trasgresores de sus mandatos, á los traidores, á los atolondrados, á los infieles, á los pecadores (cap. II, v. 191, 277; cap. III, v. 56; cap. V, v. 73; cap. VI, v. 141; cap. VIII, v. 61; cap. XXII, v. 14; cap. XXVIII, v. 76; cap. LVII, v. 23). Los justos heredan la tierra (cap. XXI, v. 105). Los que temen á Dios, recibirán el premio (cap. XXVIII, v. 82). Dios libra de las angustias al que cree en él y le teme; proporcionándole el alimento de donde menos lo esperaba. Dios basta al que en él confía, él ejecuta sus decretos. Cada cosa tiene fijado su término (cap. LXV, v. 3 y 4). El que hace bien lo hace por su alma; el que hace mal, obra contra aquella (cap. LXI, v. 46). El que se conforma absolutamente con la voluntad de Dios y practica el bien se ha asido á un firme apoyo; Dios es el término de todas las cosas (cap. XXXI, v. 22). Pero Dios maldice á los mentirosos (cap. III, v. 60; cap. V, 11). Los pecadores llevan grabado un sello en el corazón, para que no oigan. Dios no guía á los malos, á los infieles, á los injustos, á los pecadores; reprueba á los presuntuosos y á los escépticos; los opresores no hallan en él apoyo (cap. VII, v. 101; cap. XVI, v. 119; cap. XL, v. 36; cap. LXII, v. 7; cap. XLIII, v. 6). Mira el fin preparado á los opresores (cap. XXVIII, v. 41). (Sobre todas las demás virtudes se recomiendan la justicia, la oración, la piedad, la obediencia, la paciencia, la humildad, la fidelidad en el comercio, la beneficencia y la gratitud.) Dios ordena la justicia y la beneficencia (cap. XVI, v. 90). La virtud no está en dirigir la cara, cuando se ora á Levante ó á Poniente (cap. II, v. 178). Temed á Dios, vosotros que estáis dotados de prudencia; obedeced á Dios, al Profeta y á vuestros jefes (cap. IV, v. 57; cap. XLIX, v. 10 y 12; cap. LXV, v. 11). Salváos con la justicia y el temor de Dios; temed á Dios, porque todos os

reuniréis en torno á él (cap. LVIII, v. 9). Haz bien como Dios te lo ha hecho á ti (cap. VIII, v. 77). Bienaventurados los que dan limosna en la próspera y en la adversa fortuna, los que mitigan su cólera y perdonan á los hombres (cap. III, v. 134). Cumplid vuestros contratos, pues se os pedirá cuenta; pesad y medid con justo peso y medida (cap. XVII, v. 34). Persevera, que Dios recompensará á los que practicar el bien (cap. XI, v. 161; cap. XII, v. 19; capítulo LXIX, v. 5). Alaba á tu Señor antes que salga el sol y antes que se ponga, y en las horas de la noche y del día, á fin de que puedas satisfacer á Dios y á ti mismo (cap. XI, v. 36; cap. XX, v. 429; cap. XLII, v. 42; cap. LII, v. 48). Espera con paciencia, porque la promesa de Dios es verdad; no imites la inconstancia de aquellos que no son firmes en su fe (cap. XXX, v. 60). Sé paciente como los más grandes de los profetas y no te des demasiada prisa (cap. XVI, v. 128; cap. XLVI, v. 35). Satanás es ingrato con su Señor. Si sois agradecidos, se os dará más. Dios es bueno con los hombres, pero estos son en su mayor parte ingratos. Pocos de mis siervos son agradecidos. El que desea el premio de este mundo, se lo daré, y el que desea el premio del otro, también se lo daré, y premiarémos á los agradecidos. El hombre, cuando le sobreviene alguna desgracia, ruega á su Señor; cuando el Señor le asiste con su gracia, el hombre se olvida de él (cap. III, v. 145; cap. XIV, v. 8; cap. XVII, v. 27; cap. XXXIV, v. 13; cap. XXXIX, v. 10 y 66; cap. XL, versículo 63). No son iguales el bueno y el malo, no son iguales el ciego y el que ve: ¿acaso lo son la luz y las tinieblas? (cap. XXXV, v. 21). (Quedan citados anteriormente los versículos del triunfo de la verdad y de los partidarios del oscurantismo, que se esfuerzan en vano en apagar la luz de aquella.) Pero la verdad triunfa por su propia fuerza, y no por el celo intempestivo de la ignorancia; este celo y la tranquilidad de corazón en los verdaderos creyentes son la diferencia esencial que distingue á los creyentes de los infieles, á los agradecidos de los ingratos, etc. Mientras los infieles llenaron sus corazones de indignación y de furor, del furor de la ignorancia, Dios envió la tranquilidad á su Profeta y á los creyentes, y les inculcó la palabra de la devoción; por esto sus acciones fueron más meritorias. ¡Por Dios! él es omnisciente (cap. XLVIII, v. 26).

La Sunna, es decir, la segunda fuente del islamismo después del Corán, se divide en dos puntos, de las palabras y del modo de vivir el Profeta. Pasemos en silencio las primeras, porque es imposible distinguir las verdaderas de las supuestas, y porque ya se han citado en otra parte (1). Pero, apoyados en las fuentes, presentaremos un cuadro de su tenor de vida

(1) En los *Miniere dell' Oriente*; y en el *Giornale della letteratura*.

diaria y de sus costumbres domésticas, poco conocidas hasta ahora. En la distribución de la materia seguimos al *Jardín de los amantes*; esto es, hablaremos de su vestido, de su comida y de su bebida, de sus viajes, de su conducta con las mujeres, de su modo de portarse en sociedad, del ir á pié y del cabalgar, de su acostarse y levantarse, de sus buenas maneras, de sus sortilegios y juramentos, y concluiremos con la descripción de su persona.

En el vestido no se detenía á escoger, poniéndose lo que se le venía á las manos, camisa, calzones, chaleco ó capa. Usaba por lo común telas de algodón; aunque también las llevaba de lana, ó de las que se trabajaban en el Yemen. Su color favorito era el blanco; sin embargo, no le desagradaba el verde, si bien aborrecía los vestidos enteramente rojos ó amarillos, excepto en las batallas. Se ponía los nuevos de ordinario en viernes, y daba los usados á los pobres. Llevaba en la cabeza una cinta blanca, cuyas puntas le caían entre los hombros; á veces solo un capillo. El día de la conquista de la Meca tenía la cabeza ceñida con una cinta negra. Unos dicen que daba siete vueltas á la cinta, otros que daba doce. En los viajes usaba un gorro con dos orejas y se defendía del ardor del sol echándose encima un chal. Se perfumaba la cabeza y se ponía una especie de solideo. Hay discordancia sobre el tamaño de su capa y de las mangas. Odiaba los vestidos de seda, y en su lugar usaba una tela basta llamada por los Árabes *schamissa*, que le habían regalado. Para el viernes tenía dos vestidos festivos. Su capa era negra. Una vez Ayesa observó que dos de sus vestidos eran demasiado bastos y pesados, de modo que le hacían sudar, pero él nada respondió y continuó llevándolos. Tenía el anillo en la mano izquierda, y cuando quería acordarse de algo, envolvía en él un hilo. El calzado negro y sencillo, consistente en chinelas ó sandalias; y solía también ir con los pies desnudos. La figura de sus piés y de sus sandalias tiene casi tanta importancia en el islamismo como la de las huellas de Buddha para los budistas.

Nunca comía sin decir antes *en nombre de Dios*, lo cual fué desde entonces ley para los musulmanes. Metía en el plato tres ó cuatro dedos, jamás dos; y estaba de rodillas, aunque á veces se sentaba sobre el pié derecho ó el izquierdo. Cuando concluía de comer, decía una oración de gracias y se lavaba. No comió nunca con la mano izquierda, cosa propia únicamente del diablo. Quería que sus comensales lamiesen los platos y se limpiasen los dedos con la boca, porque hasta la más pequeña parte de la comida que concede Dios está bendita. Exceptuando la carne de cerdo, comía de todas y legumbres; pero prefería un guiso de cebollas y leche y odiaba los ajos. Jamás probó los lagartos, que eran antes la comida ordinaria de los Árabes, porque decía habían sido en origen hombres. Le gustaba más que ninguno el pan

de cebada, y entre las carnes la de cordero. Su alimento predilecto era la carne (1), y á veces también peces secos y carne salada. Acostumbraba á decir que la mejor carne es la del lomo (se entiende de camello). Comía de vez en cuando sopa de pan con carne picada, manjar ordinario de los Árabes. Prohibió desmenuzar la carne con el cuchillo, porque así lo hacen los Persas, y mandó que á tal fin se valiesen de los dedos y las manos. Entrando en una casa, si no hallaba otra cosa, mandaba le trajesen vinagre y comía pan empapado en él, diciendo: « El mejor aroma es el vinagre. »

Le gustaban mucho dulces y dátiles, y estos últimos constituían su ordinario alimento, comiéndolos de buen grado con leche, lo que los Árabes llamaban *triban*. Solía decir: « En la casa donde hay dátiles no se padece hambre. » Una de las mejores especies de dátiles de Medina se llama *aswet*, y Mahoma decía: « El que se despierta por la mañana con siete dátiles *aswet*, no tiene por qué temer aquel día ni veneno ni encanto. » Rompía los huesos apretándolos con el dedo pulgar contra el índice, ó los recogía en la mano izquierda. Un día que comía con la derecha dátiles frescos, se acercó á él una oveja y se puso á comer los huesos que tenía en la izquierda. Si los dátiles estaban viejos y agujereados, tiraba el gusano y comían el fruto. Le gustaban las calabazas, y decía: « Este es el fruto del árbol de mi hermano Jonas. » Una vez Anís le dijo: « Profeta de Dios, comes demasiadas calabazas. — Son buenas para el cerebro y aumentan el juicio. » También era aficionado á la mermelada, á la gelatina de almendra, y hasta á pan y aceitunas. En la expedición de Tebuk le llevaron queso, que cortó con el cuchillo y distribuyó. Comía dátiles y pepinillos juntos, diciendo que el calor de aquellos templaba al frío de estos, y vice versa. Sus frutas predilectas eran sandías y uvas. Comía pimienta de Indias con sal, y decía: « Vuestro aroma es la sal. » Si alguien le ofrecía fruta pasada, solía exclamar: « ¡Dios mio! bendice nuestra ciudad, nuestros celmines y nuestras fanegas, y añade bendición á bendición! » Decía también: « ¡El que se alimenta de leche (á él le gustaba mucho) debe pedir á Dios que la bendiga y aumente! » Y « La leche es la sola cosa que yo sepa que puede servir al mismo tiempo de comida y de bebida. » Al beber hacía tres pausas: las dos veces primeras decía: « *En nombre de Dios* (2)! la tercera: « *Alabado sea Dios* (3)! Cada día bebía una copa de miel. Á veces le mezclaba cebada ó centeno tostado, para mejorar el sabor del agua salada de Medina. Si estaba en

(1) Tan falso es el aserto, repetido en muchas historias europeas, de que solo con leche se alimentaba Mahoma. Si es falso este aserto con respecto á Mahoma, ¡qué debe pensarse de la abstinencia de leche atribuida á Zoroastro, que era tanto más antiguo!

(2) *Bismillah*.

(3) *El hamd hillah*.